

PATERNIDAD CONSCIENTE

Lee Lozowick

página de muestra

..Es natural para mí observar muy de cerca a los padres con los niños (gran parte de mi inspiración para escribir proviene de la observación de la dinámica entre adultos y niños.) Es muy común escuchar a los padres, tíos o tías decir a los pequeños: “Dale un abrazo a Mamá” o “Dale un abrazo al tío John”, o algo por el estilo. A veces a los niños les gusta abrazar y dar besos a las personas que aman y prodigar atención y afecto. Otras veces simplemente no lo hacen.

Estas manifestaciones por parte de los niños son excepcionalmente agradables porque ellos son muy inocentes. Cuando un niño nos abraza sin que se lo pidamos, sabemos que es real. (Algunas veces esta expresión real llega hasta los años de la adolescencia.) Cuando un niño abraza a su mamá o a su papá con toda su fuerza es totalmente genuino, a diferencia del protocolario beso en la mejilla que da cuando se espera que lo haga y para lo cual ha sido entrenado a fin de cumplir con las expectativas de una sociedad bien educada.

Yo solía estar tan “despistado” cuando mi primera hija simplemente venía a abrazarme, como lo hacen los niños, con todo su entusiasmo, encanto, alegría y fervor, que me desorientaba. Ese tipo de afecto espontáneo es completamente salvaje y yo era una clase de persona muy formal. Así son los niños. No te adulan ni te abrazan como los adultos abrazan desesperadamente a sus seres queridos, con dolor y necesidad. Solo corren hacia ti en una explosión afectuosa, te aprietan fuertemente y se alejan corriendo. Sin ningún problema ni motivo escondido.

Me sorprende frecuentemente, tanto por lo triste como por lo desafortunado, que raramente confiemos lo suficiente en nosotros mismos para bajar nuestras expectativas y simplemente dejar que los niños sean espontáneos en su afecto hacia nosotros. Si nos detenemos a pensar en nuestros propios despliegues de afecto, notaremos que, aun cuando estemos muy enamorados de alguien, no le estamos acariciando todo el tiempo. Hay momentos en que nos tocamos y otros en que estamos profundamente enfrascados en alguna tarea o alguna distracción fascinante. No es que no amemos al “otro significativo” en esos momentos, sino que somos espontáneos con nuestro ser amado de una manera que no implica ofrecerle atención directamente (atención que, sin embargo, es siempre tácita, resplandeciente y que está cociéndose a fuego lento bajo la superficie). ¿No deberíamos estar dispuestos a dejar que los niños tengan esa misma libertad?

Algunas veces ni los adultos más sensibles e inteligentes están dispuestos a darles a los niños un espacio para expresar su amor a su propio ritmo y manera: “¿Dónde está mi beso de esta mañana?”, dicen al momento que el niño sale a jugar.

“Ah sí, lo olvidé”, responde el niño regresando para cumplir con la obligación.

La mejor manera de motivar a aquellos a quienes amamos a expresar su afecto espontáneamente es expresándolo nosotros mismos.

Para los niños, la dinámica de: “Dale un besito a Mamá” refleja nuestro intento de estructurar nuestro entorno para satisfacer nuestras propias inseguridades y nuestras estrategias de supervivencia. Estructuramos nuestro entorno separando en categorías cada acontecimiento y entonces tenemos una respuesta automática para cada circunstancia. Sería mucho más vivificante para nosotros ser más espontáneos y genuinos y permitir que el universo o la vida se desdoble de acuerdo con su momento, en vez de tratar de jugar el papel de Dios, por así decirlo...